

*Por: Mauricio Guerrero Caicedo
Juan Carlos Penagos Trujillo.*

Existe una ciudad (olvidada de Dios), llena de escritores, pero sin literatura. Se trata de la ciudad en que los escritores -desconocidos- terminan dando clases de semiótica en las universidades. No diré su nombre. Baste con indicar que se trata de la ciudad de Marginalia, una ciudad de notas al margen, que podría ser cualquiera. Los hombres son las notas al margen, sus obras son la escritura de los márgenes. Nadie los ve porque aquí ni se lee a los que integran el grueso de las páginas susceptibles de ser atribuidas a un autor de aquellos que sirven como pretexto para coloquios o reseñas.



NOTICIA DE
MARGINALIA

Sin embargo, dado que la realidad suele ser más variopinta que la ficción, incluso que la más delirante de todas las malas ficciones, se han empezado a notar tímidamente las voces de los profetas del desastre, los lectores de las notas al margen que nada o casi nada saben de la literatura de los Grandes. Sus motivos son un misterio —quizá incluso para ellos mismos—, y lo único claro con respecto a su misión es que están emperrados en poner a hablar a los que nunca se imaginaron que alguien tuviera tiempo, valor y suficiente sinrazón como para escucharlos. Esta es la historia del proyecto insensato de quienes quisieron que los endurecidos habitantes del subsuelo, los que habitan por debajo de las ruinas del Dostoievsky autobiográfico, tuvieran su momento, su simulacro de una gloria cuya ausencia, paradójicamente, es lo que los define.

Esta es, por tanto, la historia de Marginalia. Un evento universitario, que como su nombre lo indica, era en sí mismo una nota al margen, en este caso, de la Feria del Libro que tuvo lugar por los mismos días en aquel perdido año de 2010 de Nuestro Señor, durante la cual los escritores reconocidos se encontraron, como ya es costumbre, con su público en el marco de las festividades académicas y la atmósfera amable y bienhechora de los grandes e insignificantes eventos de la cultura regional.

Mientras esto ocurría, los fanáticos de los márgenes, con voluntad de subversión irrisoria, realizaban a manera de conjuro y explicitación de su aborrecimiento por las ponencias de los hijos oficiales de la pluma y el tintero, un conjunto de conversatorios marginales. Como consecuencia, Marginalia pasó como tenía que pasar, desapercibida, y por tanto, todo salió a pedir de boca. Esta es una crónica, espuria y preñada de los tufos del subsuelo del arte literario, que versa sobre lo acontecido en aquellas reuniones marginales. Alguien ha sugerido que lo que aquí se cuenta sin pericia tiene valor documental y sirve a la elaboración del primer esbozo de una guía no oficial de la literatura vernácula. En esa persona recae, por tanto, toda responsabilidad y toda culpa que pudieran corresponder a la publicación de este monumento vergonzante a la falta de decoro.

Quien escribe, simplemente acepta de antemano la posible acusación de traidor, pues el gremio no estructurado de los sin-obra no tardará en proferir contra aquel que develó el secreto de la existencia de la orden secreta de los escritores que se suben al bus y se sientan a su lado, como si de seres humanos normales, comunes y corrientes, se tratara. Dios se apiade de mi alma.





Afortunadamente, poco queda de esas jornadas ilusorias destinadas al fomento de los estratos más profundos, informes e imprentables del arte literario. Espero morir pronto para poder llevarme a la tumba lo que vi y oí, y que algo similar ocurra con el resto de los testigos. El lector común, el que salta las notas al margen y da muestras de gusto y capacidad de discernimiento, no habría podido soportar lo que este humilde servidor se vio obligado a presenciar y que sólo un orate ahíto de palabras sin cuento y comprometido hasta el tuétano con su propia desacreditación intelectual puede asimilar, e incluso, en el peor de los casos, disfrutar.

Si acaso, apenas dos documentos que dan cuenta de lo acontecido en la lóbrega sala de Biblioteca en que se llevó a cabo la pataleta de los proscritos sobrevivieron a la desidia de los organizadores y al destino de

todo lo que ha sido creado para un olvido rápido, cuando no instantáneo.

El siguiente es el primero de esos documentos. Se trata de la transcripción de un fragmento de conferencia —en rigor, del diálogo introductorio y casi autista entre la organizadora y un orate de primera categoría—, dedicada a los poetas cuyos experimentos y engendros verbales ni siquiera en Facebook han merecido el samaritano gesto de un “me gusta”, y quienes, precisamente por eso, saben que son los mejores, los incomprendidos, las fuerzas de la “nueva” literatura, los faros de las generaciones por venir, los innovadores condenados al fracaso por el orden de un mundo que se obstina en reconocer el verdadero mérito sólo cuando sus acreedores ya han perdido hasta la humilde lápida que guardó sus restos en alguna módica pared de cementerio y no queda amigo o familiar alguno que pueda beneficiarse de su bien lograda fama de mártires ilustres de la cultura.



No introduciré mi voz en estas líneas malsanas. Dejaré que la animosidad inexplicable entre los dos interlocutores ausentes de su exiguo y compadecible público, la misma que supura este instante congelado en el tiempo por la magia, no siempre bienhechora, de la grabación en audio y su complementaria puesta en discurso escrito, se presente sin mediaciones al lector. En efecto, la literatura aquí, como en todo lo que tiene que ver con Marginalia, sobra o es otra cosa muy distinta a lo que los simples mortales suelen entender y asumir como tal. ¡Cómo quisiera ser yo el equivocado y que Felipe Wagner fuese, en realidad, un genio o por lo menos un Pierre Menard, y no el prematuro anciano que con su reclamo incongruente y apasionado nos hizo sentir a todos, apenas arrancado el ciclo de las conferencias y conversatorios, que estábamos condenados al último foso del infierno!

Entrevista a Felipe Wagner

Marginalia: nombre completo

Felipe Wagner: Felipe Wagner.

M: Edad

F: ¿Importa?

M: Sí, necesitamos registros precisos, el evento se financia con fondos del Estado.

F: Tengo 30 años.

M: ¿Por qué se considera un escritor marginal?

F: Su pregunta es agresiva. Mi respuesta intentará serlo. No soy escritor, soy sociólogo con una rara inclinación a las letras y a la poesía. Antes que obra, tengo una historia, y quiero aprovechar el espacio para legitimarla.

M: ¿Una historia?

F: ¡De eso no se trata la literatura, pues!

M: ¡Cuéntela entonces!

F: Hay un drama que fustiga malamente mi tranquilidad en los últimos meses: cierto grupo de jóvenes reclaman como suya la re-invención del movimiento Nadaísta. Es más,

producen mala literatura partiendo de supuestos estéticos que en algún momento proclamara el maestro Gonzalo Arango.

M: ¿Cuál es el problema?

F: Pues que básicamente yo hice eso hace 10 años.

M: Sigo sin entender el problema.

F: Pues que me parece lamentable la falta de originalidad de la juventud.

M: ¡Pero usted incurrió en lo mismo hace 10 años!

F: ¡Era diferente!

M: ¿Por qué?

F: ¡Porque todo tiempo pasado fue mejor!

M: De acuerdo. Su respuesta es corta, pero pone sobre el tapete el problema expuesto por Ricoeur en su trabajo sobre la memoria.

F: ¿Sí?

M: ¡Claro, el pasado como una re-invención, re-significa y re-actualiza la tristeza, por ello todo tiempo

pasado fue mejor! ¿Me entiende?

F: No. Pero lo anterior le salió bonito. Yo simplemente quiero re-dignificar mi posición como el legítimo precursor del nuevo nadaísmo de los últimos 10 años en Cali.

M: ¿Y considera Marginalia el espacio idóneo para este fin?

F: Pues es esto o seguir gobernando a mi madre con estas diatribas literarias.

M: Volvamos al tema literario ¿Qué diferencias encuentra entre su propuesta y la de los jóvenes Nadaístas actuales?

F: Lo de nosotros era generoso, generoso y estúpido. Nuestros textos eran juego, lúdica, una posibilidad de escape, un rejuvenecer de un existencialismo latinoamericano, un retomar las banderas del primer Gonzalo Arango. Los jóvenes Nadaístas de esta generación buscan la consagración, la indexación, escriben para ser reconocidos y olvidados pronto, publican y cagan, cagan y publican, publican y la cagan. Ésa es la lógica.

M: ¡ Volvieron el viejo Nadaísmo un mierdero!

F: Básicamente, sí.

M: Usted nos prometió una historia y no aparece aún.

F: Intentaré ser breve y preciso. Por lo tanto, me centraré en comentar algunas obras que constituyeron el acervo del Neonadaísmo. Éste fue el nombre con el que bautizamos nuestro movimiento literario.

Empiezo señalando la obra “*Sensible como una teta*” del poeta Jairo Campos, con una marcada influencia del universo literario de Corín Tellado. Campos logró componer una masa de poemas en los que plasmó su condición de poeta solitario y enamorado. Con sus versos el poeta en mención se convirtió en el eje de una poesía Neo-Nadaísta rosa. Los chicos que siguieron esta corriente se caracterizaron por vivir hasta edades avanzadas con sus señoras madres.

M: Yo ubicaría a Campos como un poeta cercano al movimiento poético mexicano del “menaje – atroz”.

F: Usted lo ubica por lo menos en alguna parte. Yo le perdí el rastro hace rato. La última vez que lo vi, se estaba subiendo a una marranita de la policía acompañado por una señorita inmensa y fornida, de tacones altos, pasada de maquillaje y con peluca de pelirroja, en un semáforo de la octava norte, a las tres de la mañana. Todo indicaba que había habido algún jaleo y los policías se veían en extremo divertidos cuando subieron a la cabina. Intenté llegar a tiempo para saludarlo, para enterarme de qué estaba ocurriendo, para ofrecerle mi ayuda, pero la pierna mala me lo impidió y la debilidad de mis pulmones, siempre al borde del colapso, no me permitió





gritar con fuerza suficiente para ser escuchado. Después de eso, y tras alguna vacilación que me duró hasta poco antes del amanecer, caminé durante muchas horas, que me parecieron una eternidad, hasta la estación de la Flora. Llegué a las diez de la mañana, bañado en sudor y con una várice a punto de estallar, pero no los encontré. Supongo que todo fue sólo un pretexto para no llegar a casa. En realidad, me trae sin cuidado lo que le ocurra a Campos, pero siempre me preocupa sobremanera abrir la puerta de casa y encontrar a mi madre despierta...

Aunque supongo que eso no es importante aquí, así que sigo con mi historia, y paso a referir al escritor Iván Mañas, gran prosista de largo y mal aliento. Su primera y única novela, titulada “*Cargando el mal*”, recorrió, literalmente, de manera extensa, la condición de los conductores de volqueta de la ciudad. Su obsesión por la metáfora y la movilidad de sentido, le llevó a explorar este segmento de la realidad. Sin embargo, su novela que superaba las dos mil páginas nunca pudo ver la luz de la impresión. Mañas, para mi, representó el ala sucia del Neo-Nadaísmo. Extrañamente le iba bien con las mujeres.

M: Excitante la historia de Mañas, pero el tiempo se agota. Así que, por favor, agilice!

F: Si usted lo dice, debe ser porque así es. No opino sobre el tiempo, porque, ya ve, a mi me dejó atrás hace rato. Así que, volviendo sobre la huella, como diría Mañas, quiero terminar reseñando mi obra, la cual construí a partir de mi ejercicio como sociólogo. Quiero decir que me dediqué a la crónica-etnográfica-de-la-ciudad. Escribí relatos en los cuales la prosa sociológico-cientificista y la poética se mezclaban de tal manera que nadie me entendió, ni los poetas, ni los sociólogos. Logré publicarlas en un suplemento literario patrocinado por una iglesia protestante. Fue tal la conmoción que conseguí causar con esta obra —por lo menos entre los freaks muertos de hambre con los que me codeaba en el seno del delirio literario compartido—, que tal acción provocó mi expulsión del movimiento.

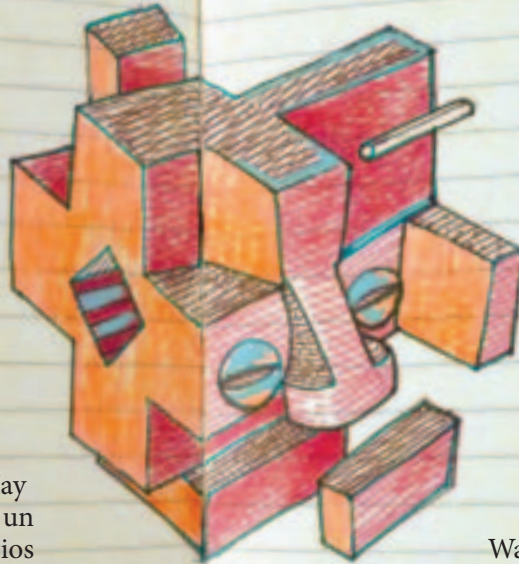
M: Gracias

F: ¿Cómo? ¿Acaso me está usted cortando?

M: Me temo que sí. Esto es un espacio de notas al margen. Las crónicas, ya sean de indias o de disparates adolescentes, supongo que no son asunto nuestro.

el escritor ingenuo

El otro registro es anónimo. Apareció, tras el cierre del evento, en el maletín del novio de la organizadora, un tipo al que lo que menos le interesa en este mundo es la literatura y al que tampoco en realidad le interesa mucho la organizadora. Por esos y otros motivos, es un milagro que esta sentida carta del escritor más tierno que haya parido la tierra, incapaz de poner la cara, de decir su nombre o su pseudónimo, sobreviviera. Hay quienes dicen que se trata de un apócrifo y adjudican la autoría a varios estudiantes de literatura relacionados con Marginalia. Según estos escépticos, la treta estaba destinada a generar un aura de folletín que envolviera al



proyecto y sirviera a su justificación, como si de una novela de Camilo José Cela se tratara. Tengo motivos para creer que estos Santos Tomases están equivocados. De hecho, sé, con completa certeza, que están equivocados. Presento aquí las líneas de la confesión de un tímido como lo que son: la síntesis de lo que fue Marginalia y de lo que tenían en común todos los lunáticos que, como Felipe Wagner, tuvieron algo que decir, acerca de libros y obras que nadie conoce, y que son el signo de su valía, la evidencia de su fracaso y el repositorio de la literatura para cuando todo lo demás haya



Soy el escritor ingenuo. Es extraño que lo diga yo mismo, pero lo sé y no se me puede negar el dudoso privilegio de decirlo, gritarlo yo mismo a los cuatro, a los mil, a todos los vientos. He tratado, durante años, de escribir algo, pero no me sale nada. Y no es que no sepa escribir. Lo que pasa es que se me quedan las historias, se me atrancan y empiezo a desesperarme cuando apenas he andado unas pocas frases. De pronto, resulta que me encuentro perdido en ningún lugar, que no sé para dónde va la cosa, que empiezo a dárme las de culto o de intelectual, o de erudito, que para mi caso todo viene a ser la misma cosa, y ya no tiene arreglo lo que va pasando en la pantalla de mi PC. Me costó mucho trabajo conseguir mi PC. Además de ingenuo soy pobre: no tanto, pero lo suficiente para que me haya costado trabajo estar escribiendo esto en mi PC. En realidad (tengo que aceptarlo) sí es cierto que soy pobre, y también es cierto que no tanto, pero acaso es más cierto que soy un irresponsable. El dinero no me dura en los bolsillos. Se diluye entre mis manos. Es más lo que tarda en ganarlo que lo que tarda en lamentar las maneras (que no alcanzo a comprender y a veces ni siquiera a aceptar) en que lo gasto. Se puede decir que además de escritor ingenuo soy un hombre ingenuo. Y lleno de problemas, algunos de dinero, que importan mucho, pero la mayor parte tienen que ver conmigo mismo, con esta sensación de valer más de lo

que supongo que la gente cree. Gente que a veces ni se da por enterada de que estoy ahí, que en ocasiones me deja con la mano estirada o con el lío de terminar bien el gesto de un reconocimiento que empecé pero que no fue correspondido y que por tanto debo tratar de convertir sobre la marcha en otra cosa, dejando de lado la sospecha, que siempre está allí, de que por más que parezcan no darse cuenta de mí de lo que sí se dan perfecta cuenta (si no todos, alguno... o algunos) es del gesto huérfano que confirma mi forzada condición de uno más.

Así que trato y trato, soñando con la publicación, con el reconocimiento, con la gloria literaria, pero no sale nada. Aunque, bien mirado el asunto, eso también puede ser, hasta cierto punto, mentira, o por lo menos una simplificación, culpable como todas. La verdad es que sí me ha salido algo. Quizá mucho. En el transcurso de los años es mucho lo que he escrito. Algún libro de cuentos que no llegan a ser cuentos, muchos poemas que andan por ahí, en archivos electrónicos dispersos y en cuadernos viejos, sin orden ni concierto, llenos de tachones y correcciones que no alcanzan a salvarlos, remache que remache con las mismas dos o tres ideas fijas e inaceptables (incluso para mí) que informan mis dos novelas, una ya terminada y la otra un proyecto apenas en los preámbulos, que le digo a los que me conocen que habrá de consumir, cuando menos, mis próximos

cuarenta años (si es que tengo tanto tiempo).

En rigor no son ni cuentos ni poemas ni novelas. Son monstruos informes, estructuras delirantes que a mí mismo me da pereza leer, pero a las que de vez en cuando vuelvo por pura nostalgia, o, para ser más exactos, porque me sirven de evidencia, de prueba de que algo he escrito. Y a ese algo lo suelo llamar, para paliar la impresión de proto-literatura, de esfuerzo ímprobo y vano, Antinovelas, Contracuentos, Antipoemas. Toda una obra erigida sobre la negación, incluso de la noción misma de Obra, y llena de bravuconadas contra la noción de Autor. Una obra complicada, vasta, difícil de leer y mucho más de comprender, que se presenta como el resultado del cansancio, como la búsqueda de nuevos horizontes literarios que ningún crítico, y muy pocos lectores, podrían siquiera llegar a vislumbrar. Así me justifico, tratando, cual Prometeo metido a bardo, de bajar el fuego del espíritu y la cultura a los hombres que se han abastardado a fuerza de consumir lo que les venden en las librerías y universidades, que no es otra cosa que una literatura a todas luces añeja o anodina, incapaz de afrontar los retos de un tiempo en el que lo único que hacemos es repetirnos, o repetir la fórmula del cambio, sin atrevernos a atravesar las fronteras detrás de las cuales quizá se encuentre el destino de los libros en una civilización ahíta de lectura y anquilosada en discusiones siempre estériles, cuando no dirigidas hacia el desastre y la locura.

Aunque, pensándolo mejor, Prometeo no es el

referente idóneo, a despecho de ser, no sé por qué, lo primero que siempre se me ocurre cuando me largo a hablar de estas cosas. Mejor cuadra, para lo que quiero decir, la imagen de un profeta sin Dios anunciando la nueva de la completa inutilidad de la espera de cualquier final de los tiempos. O, si se acepta que la anterior sigue siendo una imagen vana a fuerza de grandilocuente, propongo, para mí mismo, la de un hombre común cargado con la misión de trascender los estrechos límites del arte con un valor y una determinación sólo atribuibles a un titán fuera de sí. Algo así soy.

Se imaginará entonces el lector que me la paso pegado del teclado, escribiendo y escribiendo. Eso tampoco es cierto. La mayor parte del tiempo me la paso soñando, imaginando, recriminándome porque no escribo. Me digo que ya llegará el momento, que cuando sea la hora lo voy a saber, que llegará la señal, que algo me va a decir, algún día, de manera inequívoca, que es hora de escribir. Mientras tanto, leo, cientos y cientos, miles de páginas, deteniéndome en cada letra, en cada palabra, hurgando la tipografía, los esquemas que forman las palabras sobre las hojas, saboreando cada configuración, maravillándome con la posibilidad de hilvanar un mundo a partir del simple y cotidiano juego de la imaginación aplicado al también simple y cotidiano juego de la escritura.

Leo mucho: historia, sociología, antropología, filosofía, libros sobre arte, psicología, psicoanálisis, lingüística, semiología, teoría literaria, epopeyas,

novelas, cuentos, ensayos, poesía, clásicos de la retórica, escrituras sagradas y profanas de aquí y de allá, revistas de todos los tipos. Y de tanta lectura me quedan sólo nebulosas, formas que no se alcanzan a definir, la sospecha de algo que se va ensanchando y haciendo más denso con el paso del tiempo; algo que se enrarece progresivamente y que es como un universo en expansión formado por partículas tan elementales y regido por fuerzas tan misteriosas que cuando extiendo mi mano para aprehender alguna cosa en medio de tanta belleza no consigo hacerme con nada, si acaso con el tacto de substancias demasiado sutiles para mis limitados manejos mortales, que me dejan con la sensación de ser un Tántalo de feria, un ingenuo, un tonto a fin de cuentas, alguien incapaz de sacarle nada en concreto a tanta lectura.

Claro que puede que eso se deba más bien al hecho de que antes que de aprender cosas útiles, lo que trato es de llegar a conocer algún día todos los secretos de las palabras, todas sus posibilidades, con el objeto de convertirme en algo así como un amo del sentido, un brujo que comprende y domina todos los poderes de una magia que bien mirado no sirve para nada porque sirve para todo.

Voy por la calle pescando errores ortográficos y gramaticales, y me lleno de alegría y de angustia cuando confirmo, a cada paso, que a la mayor

parte de la gente la traen sin cuidado las tildes y que pueden entenderse sin ellas. ¡Con lo que me costó a mí llegar a saber dónde iban, cuándo tenían que hacer su aparición preciosa y sutil, garante del sentido, pero, sobre todo, del saber y la probidad del que escribe! Voy por aquí y por allá rumiando conversaciones cultas y eruditas que no llego a sostener con nadie y a las que lo que más se acerca son algunas charlas con amigos que no se toman los libros lo suficientemente en serio, o por lo menos no como yo quisiera que se los tomaran.

El resultado de todo eso es que me paso la mayor parte del tiempo enclaustrado, leyendo, maravillado de que alguien haya sido capaz de componer esas desmesuras que son los libros cuando uno repara en ellos con un poco de detenimiento y, como si dijéramos, con la mirada limpia de presuposiciones. Y mientras lo hago pienso en mis propios libros, no los que ya están escritos sino los que voy a escribir, libros imprescindibles que van a hacer las delicias y el infierno de los lectores y que algún día algún chico solitario leerá en una noche de insomnio mientras sueña despierto con el momento en que él escribirá sus propios libros. Me imagino que este mundo está lleno de tipos como yo, como esos muchachos que planean durante toda una vida sus grandes libros, esos lectores que no se resignan a quedarse de un solo lado



● **Epílogo**

Y así vamos nosotros, los miembros de la orden secreta de Marginalia, por decirlo de alguna manera. Somos los escritores, y los lectores, y los editores, y los críticos, ingenuos. Seguimos habitando en el subsuelo, haciendo las reuniones en los márgenes y esperando, esperando, esperando... el día soñado en que la ingenuidad reciba la atención que se merece. Si alguien ha leído estas páginas, si usted ha llegado hasta aquí tras agotar todo mi relato, una de dos: o existe esperanza para nosotros y nuestra empresa — lo que sería, ¡oh paradoja!, un fracaso absoluto—, o usted es un ingenuo que no ha asumido su condición. Si su destino es aciago, y la situación corresponde a la segunda opción, lo esperamos.

● **Biografía autorizada por los autores del artículo.**

Juan Carlos Penagos y Mauricio Guerrero: Licenciado en Letras el primero, sociólogo el segundo. Se han desempeñado laboralmente en diversas ocupaciones: investigación, consultorías académico-sentimentales, edición de estilo para páginas web dedicadas a las noticias de farándula y docencia en general. En su momento participaron en la fundación del movimiento Neo-Nadaista junto a Felipe Wagner, pero fueron expulsados del movimiento por un lio estético-epistemológico de faldas. En la actualidad escriben artículos para revistas de agitación cultural, buscando alguna notoriedad.

